

www.alfaguara.santillana.es
Empieza a leer... Póquer de ases

PÓQUER DE ASES

A large, light gray spade symbol is positioned below the letter 'O' in the word 'PÓQUER'.

Manuel
Vicent
PÓQUER DE ASES

Ilustraciones FERNANDO VICENTE

Índice

ALBERT CAMUS	
El hombre rebelde	11
ARTHUR MILLER	
La conciencia del sueño americano	21
SAMUEL BECKETT	
El caos entre dos silencios	31
JULIO CORTÁZAR	
Con el sonido y la libertad del jazz	41
GRAHAM GREENE	
Nada como el pecado	51
ADOLFO BIOY CASARES	
Un seductor ante el espejo	61
JAMES JOYCE	
La ciénaga del subconsciente	71
WILLIAM FAULKNER	
Voces en el légamo	81

GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA	
El oro de la memoria	91
LOUIS-FERDINAND CÉLINE	
Un grito en la noche	101
DOROTHY PARKER	
El humo de lejanas fiestas	111
JOSEPH CONRAD	
El mar es una moral	121
VIRGINIA WOOLF	
Una forma de cazar mariposas	131
FRANCIS SCOTT FITZGERALD	
Jazz, martinis y sombreros blancos	141
DYLAN THOMAS	
Así beben y galopan los caballos	151
TRUMAN CAPOTE	
La mariposa entre las flores	161
FERNANDO PESSOA	
El tesoro en el arca	171
JOSEP PLA	
La boina y una colilla en la boca	181

TENNESSEE WILLIAMS	
Las flores podridas del magnolio	191
RAINER MARIA RILKE	
Hasta el fondo de las rosas	201
MARCEL PROUST	
Así hila el gusano la seda	211
ANDRÉ GIDE	
La profundidad de la piel	221
FRANZ KAFKA	
La libertad del escarabajo	231
GERTRUDE STEIN	
El deber de parecerse al retrato	241
HERMANN HESSE	
Cómo aprender a volar	251
PÍO BAROJA	
Un café con leche a media tarde	261
ERNEST HEMINGWAY	
Tener o no tener la foto	271
JUAN BENET	
En un tiempo de silencio	281

JORGE LUIS BORGES	
La visión del ámbar	291
RAFAEL AZCONA	
Unos zapatos muy resistentes	301
THOMAS MANN	
Entre la belleza y el cieno	311

ALBERT CAMUS



El hombre rebelde



Lo imaginaba adolescente en los topes del tranvía bajando hacia las playas de Argel, dispuesto a pegarse un baño junto con otros muchachos árabes, todos hermanados por la misma luz, por la misma pobreza. Pegarse un baño, en el argot del francés de Argelia, es una expresión que incluye lo que ese acto tiene de combate al abrazarse al agua, dejando que sea el mar el que te azote. Aprendió la libertad de la miseria. Todos eran pobres en aquella arena deslumbrada de Argel, entre barcas con pantoques color naranja, el adolescente Albert Camus y sus amigos árabes en cuyos cuerpos desnudos resbalaba el mismo sol mojado. La dicha aún tenía sentido: empezaba y terminaba en la piel.

También lo imaginaba sentado en la terraza de un café del bulevar de Argel en su época de estudiante de Filosofía, siguiendo con los ojos a las muchachas vestidas con telas ligeras, de colores vivos, que pasaban por la acera, mientras saboreaba el primer anís, de cierto sabor canalla. Su padre, un jornalero agrícola de Mondovì, murió por Francia en la batalla del Marne, en la Primera Guerra Mun-

dial. Albert Camus, que sólo contaba con un año de edad, fue recogido por uno de sus tíos, toneletero de profesión, guardián del propio silencio, como la madre, de origen menorquín, analfabeta, también de mucho sufrimiento y de pocas palabras. Todo lo que sabía de la felicidad lo había aprendido de los pobres bajo el sol en la playa, todo el conocimiento de la vida, más allá de los estudios del bachillerato con becas ganadas a pulso, lo había adquirido jugando al fútbol profesional. Pero en medio de esta lucha para hacerse adulto, se le presentó la enfermedad, un foco negro en el pulmón, como ese fondo oscuro que tiene siempre la luz blanca. El absurdo no era más que eso: una deslealtad del cuerpo frente al espíritu, una quiebra del espíritu contra la armonía de la naturaleza.

A mis dieciocho años, un librero de Valencia me ofreció envuelto en un papel de estraza, por debajo del mostrador, clandestinamente, el libro de Camus de tapas rojas titulado *El verano*, impreso en Argentina, que leí en la hamaca bajo el sonido de las chicharras y el olor a pinaza abrasada por la canícula. En sus páginas descubrí que el Mediterráneo no era un mar, sino una pulsión espiritual, casi física, la misma que yo sentía sin darle nombre: el placer contra el destino aciago, la moral sin culpa y la inocencia sin ningún dios. Poco después vi una fotografía del escritor con una gabardina de trinchera,

el cigarrillo entre los dedos, la mirada irónica y media sonrisa colgada de la comisura; era una imagen de los tiempos en que Camus reinaba en el café de Flore de París, amado por las mujeres, orlado todavía por su lucha en la Resistencia contra los nazis, donde había sido redactor jefe del periódico clandestino *Combat*, y ahora, amigo de Sartre, sintetizaba todo el glamour intelectual de la rive gauche, donde el existencialismo era una moda que cantaba Juliette Gréco con voz quemada por el calvados. Lo primero que hice fue comprarme una camisa negra, una gabardina blanca, dejar los cigarrillos Lucky Strike y pasarme a los Gitanes sin filtro. En cuanto hube leído *El extranjero* y *El mito de Sísifo* me fui a la playa de la Malvarrosa en un tranvía, como los de Argel, y en el balneario de Las Arenas traté de poner en práctica el absurdo solar. Subía al último trampolín de la piscina como quien acarrea el propio cuerpo a la cima y desde allí me arrojaba al agua sin saber que ese acto era un castigo que te obligaba a ascender por dentro de ti mismo una y otra vez. Desde aquella altura, entre el resplandor de la arena que hería los ojos, comprendí que se podía acuchillar a otro cuerpo sólo impulsado por el fulgor del cuchillo, un fin sin finalidad, como si el absurdo fuera una forma de belleza filosófica.

Por ese tiempo, para hacer ejercicios de francés yo había traducido el discurso que Camus lanzó

contra Franco cuando España fue admitida en la Unesco. Conservaba una copia en papel cebolla que me llevé a Madrid entre las páginas de la novela *La peste*. El dueño de la casa de huéspedes donde fui a parar resultó ser un perista. Un día, de regreso del café Gijón, me encontré con mi maleta despararrada sobre la cama junto con un alijo de sortijas de oro, relojes, pulseras y otros abalorios y a dos policías que se pasaban uno a otro el escrito de Camus que habían encontrado entre mis papeles.

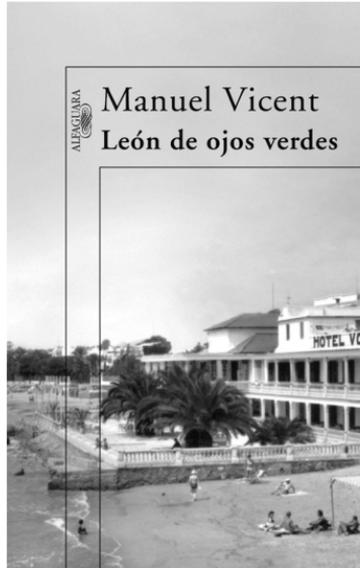
—Sólo es un ejercicio de traducción —les dije.

—Eso tendrá que contárselo al comisario —respondió uno de ellos.

Me llevaron a la comisaría de la calle de la Luna en compañía del dueño de la pensión. Después de algunos insultos quedé en libertad, pero este percance hizo que me sintiera ligado de forma romántica a Albert Camus, a quien desde ese momento guardé una fidelidad absoluta. Yo sabía con quién debía alinearme cuando Sartre y Camus escenificaron una abrupta ruptura, no sólo ideológica, sino también de su amistad, ante el mundo del pensamiento y de las letras por una concepción distinta del compromiso. Camus había tenido el valor de denunciar los campos de concentración de la Unión Soviética, y en medio de una feroz disputa los admiradores de Sartre rodearon a Camus con un

cordón sanitario, que ni siquiera logró salvar con el Premio Nobel. Sólo su muerte, acaecida en un accidente de automóvil el 4 de enero de 1960, lo devolvió a las páginas de los periódicos, pero enseguida su obra cayó de nuevo en el olvido. Después fueron los nuevos filósofos y otros bandos de torcaes neoliberales, que se pasaron del marxismo a la extrema derecha, los que trataron de interpretar aquel acto del hombre rebelde como una baza de su propia ideología. Pero Camus no era un ideólogo ni un moralista, sino un escritor profundamente moral que supo discernir a su debido tiempo que el compromiso debe ser con los que sufren la historia, no con los que la hacen, uno a uno, de forma personal, dondequiera que se encuentren.

Al principio fue sólo una emoción estética por su forma de estar en el mundo lo que me atrajo de este escritor, pero llegó un momento en que, en medio del naufragio de todas las ideas, lo elegí como un buen guía frente a mis propias dudas y contra toda clase de infortunio.



Verano de 1953. Un hotel balneario en la playa. Durante las vacaciones un joven aprendiz de escritor ensaya allí sus primeras armas. Algunos clientes del Voramar, un asesino, un viejo doctor barojiano, un pez gordo franquista, un coronel navegante, un anciano en silla de ruedas que recibe todavía cartas de amor, forman parte de la galería de personajes. Entre ellos se mueve una turista francesa adolescente, llamada Brigitte Bardot. Todavía no es conocida, pero en esta playa española ya causó escándalo su bikini rojo. En la terraza del Voramar permanecen también los recuerdos de cuando fue hospital de sangre de las Brigadas Internacionales en la guerra civil y por su ámbito campan las sombras de los escritores John Dos Passos y Dorothy Parker, del cantante de blues Paul Robeson, que pasaron por allí. Aquel verano de 1953 se rodaba en el Voramar una película ambientada en la época de entreguerras y por la terraza se movían también los figurantes, señoras con corpiños y pamelas, caballeros con sombreros de paja dura y cuellos de porcelana.

Manuel Vicent